

BOSQUEJOS SOBRE ESTRADA

El 13 de julio de 1842, en plena dictadura de Rosas, nació en Buenos Aires, José Manuel Estrada. La estrella del Restaurador comenzaba ya el descenso de su parábola. Pero como quiera que aun transcurriera una década, hasta escucharse en los aldeaños porteños las dianas de Caseros, la infancia de Estrada se nutre de los días más desdichados del gobierno rosista. Por eso es explicable el afán con que, durante el medio siglo de su existencia, pugna por la libertad, lucha por ella, y se define a sí mismo: "Yo soy una libertad".

En su conocido Discurso sobre el Patriotismo pronunció su frase famosa: "Tengo orgullo de mi stirpe, de mi raza y de mi patria". Pudo decirlo, porque como él mismo explica, "nada hay más espléndido que nuestra stirpe latina; ni en venas de seres humanos corrió jamás sangre más ferviente y generosa que la sangre española de las nuestras; ni los orígenes de una nacionalidad irradian, en los anales del mundo, con aureola más fúlgida que la ceñida a la frente de la República Argentina".

Pero pudo decirlo también, porque entre sus ascendientes aparecen próceres indiscutidos de la patria naciente. Por línea materna fué biznieto de aquella figura preclara, que cruza como meteoro la historia nacional, don Santiago de Liniers y Brémond, muralla invencible contra el invasor injusto y víctima necesaria en los albores revolucionarios. Y también por vía materna, por rama colateral, estaba emparentado con don Manuel de Sarratea, triunviro, gobernador de Buenos Aires y jefe del ejército patriota en la Banda Oriental, que

en los postreros años de su vida alcanzó a conocer al niño que habría de continuar las tradiciones immaculadas de la familia.

En la pila bautismal de San Ignacio, templo cargado de años y de historia, nació Estrada para el cristianismo, y cuando sólo contaba ocho años de edad, conoce el dolor desgarrante de la pérdida de su joven madre, doña Rosario Perichón y Liniers. Muchos años después, hablando a las damas cordobesas, la recuerda con inextinguible amor filial: "Dios que me arrebató a mi madre en la niñez, no permitió, porque El compensa todos los dolores, que se borrara de mi alma la huella de su palabra".

Entre sus maestros de la infancia, siempre recordó a don Manuel Pinto y a fray Buenaventura Hidalgo. De Pinto, que murió mendigo, dijo alguna vez, que "era la patria de los primeros tiempos fiel a las emociones del génesis republicano". Con el padre Hidalgo, en el convento de San Francisco de Buenos Aires, varias veces secular, penetró en los encantos de las Humanidades y de la Sagrada Escritura.

Bien joven comienza a trabajar febrilmente, y el trabajo no lo abandonará jamás hasta su tránsito final. Imposible reseñar en un breve artículo, todas sus actividades y labores. Pero cabe recordar que ya a los 16 años obtiene el primer premio, en un concurso propiciado por el Liceo Literario de Buenos Aires, sobre el descubrimiento de América. Y que un año después aparece su primera publicación, "Signum Foederis", dedicada a estudiar los efectos sociales y religiosos de la armonía.

A los 19 años de edad funda la Sociedad de San Francisco Javier, para difundir los principios católicos entre los obreros, y enseguida polemiza públicamente con el doctor Gustavo Minelli, profesor de historia universal de la Universidad de Buenos Aires, en defensa de su fe religiosa. Ahí nació "El génesis de nuestra raza". Tiempo más tarde, refutando al conocido racionalista chileno Francisco Bilbao, da a luz "El catolicismo y la democracia" y con su fraternal amigo

Lucio V. Mansilla, crea el Círculo Literario, de innegable trascendencia en su momento.

Estrada crítico histórico no nos legó solamente su “Política liberal bajo la tiranía de Rosas”. Aún hoy posee valor científico el “Ensayo histórico sobre la revolución de los comunes del Paraguay en el siglo XVIII”, que escribe a los 21 años.

El periodismo presenta una de las facetas más sobresalientes de su esclarecida vida. Una simple enumeración lo demuestra. Muchacho todavía, redacta o colabora en “La Guirnalda”, “Las Novedades”, “La Paz”, “La Religión”, “El Correo del Domingo”, “El Inválido Argentino” y la “Revista de Buenos Aires”, publicaciones todas ellas, en cuyas páginas quedaran estampadas sus ideas. Luego ingresa a “La Nación Argentina”, anticipo de “La Nación” de Bartolomé Mitre, funda “La Revista Argentina”, dirige “El Argentino”, y en épocas difíciles para el catolicismo funda también “La Unión”, cátedra incorruptible de doctrina.

A los 23 años comienza su actuación pública siempre brillante. En el transcurso de poco más de una década, es sucesiva o coetáneamente, profesor de Historia Argentina en la Escuela Normal; presidente del Consejo de Instrucción Pública de la Provincia de Buenos Aires; profesor de Historia Argentina e Instrucción Cívica, de Filosofía, de Economía Política y de Crítica Literaria en el Colegio Nacional porteño; jefe del Departamento de Escuelas; jefe de la Dirección General de Escuelas Normales; profesor de Derecho Constitucional y Administrativo en la Facultad de Derecho de Buenos Aires (no siendo abogado, caso raro, como un reconocimiento a la seriedad de sus estudios jurídicos); primer Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades; y Rector del Colegio Nacional.

Fué además político eminente. De esa ciencia, frecuentemente bastardeada, hizo Estrada cátedra de inmarcesible pureza. Su palabra maestra está guardada, —regalo imponderable para la posteridad—, en los Diarios de Sesiones de

la Convención Constituyente de la Provincia de Buenos Aires de 1870 y de las Cámaras de Diputados del mismo Estado y de la Nación.

Cuando en 1890 llega la reacción contra el gobierno de Juárez Celman, caracterizado por la incapacidad y la corrupción, los más ilustres tribunos argentinos de la época inflaman con sus verbos a las multitudes. Allí están Bartolomé Mitre, Aristóbulo del Valle, Leandro N. Alem, Pedro Goyena, Mariano Varela, Vicente Fidel López. Junto a ellos está también Estrada y sus palabras son la descripción más vibrante del estado de cosas imperante, en aquel momento álgido de la política argentina. “Veo —dijo entonces— bandas rapaces, movidas de codicia, la más vil de todas las pasiones, enseñorearse del país, dilapidar sus finanzas, pervertir su administración, chupar su substancia, pavonearse insolentemente en las más cínicas ostentaciones del fausto, comprarlo y venderlo todo, hasta comprarse y venderse unos a otros a la luz del día. Veo más. Veo un pueblo indolente y dormido que abdica sus derechos, olvida sus tradiciones, sus deberes, su porvenir, lo que debe a la honra de sus progenitores y al bien de la posteridad, a su estirpe, a su familia, a sí mismo, y a Dios, y se atropella en las bolsas, pulula en los teatros, bulle en los paseos, en los regocijos y en los juegos, pero ha olvidado la senda del bien, y va a todas partes, menos donde van los pueblos animosos, cuyas instituciones amenazan desmoronarse carcomidas por la corrupción y los vicios. La concupiscencia arriba y la concupiscencia abajo. Eso es la decadencia. Eso es la muerte”.

Dos años después, al ascender Luis Sáenz Peña a la presidencia de la Nación, le ofrece una cartera en el gabinete nacional. José Manuel Estrada, herido de muerte por la enfermedad final, sólo acepta el cargo de Embajador ante el gobierno paraguayo, buscando a la vez, en clima propicio, la salud que nunca reencontraría.

Pero si la personalidad de Estrada resulta extraordinaria, como cualquiera de sus aspectos, como periodista, estudioso, historiador, funcionario, maestro, político o legislador, su figura adquiere relieves incomparables cuando valoramos su catolicidad.

Nunca se demuestra mejor la virtud que en los instantes de adversidad. Las diversas formas de reaccionar de distintos individuos, en circunstancias semejantes, nos darán la pauta para juzgarlos en su fortaleza. Por eso son admirables los perseguidos, los mártires, los que mueren por la fe. Por eso es admirable San Martín, que del pináculo de la gloria se aleja a la expatriación voluntaria; Dorrego, toda serenidad ante la monstruosa injusticia; Rondeau, pospuesto siempre en los momentos en que va a recoger su gloria. Todos ellos responden a la injusticia con el perdón del inocente.

Por eso es admirable José Manuel Estrada, paradigma del más centrado equilibrio espiritual. Porque de las ocasiones adversas, de las situaciones irritantes, supo sacar partido para brindar a las generaciones venideras, fuente inagotable de preciosos ejemplos. Al pecado respondió con virtud, al sectarismo con ortodoxia, a la mentira con verdad, a la fuerza con razón, a la ofensa con remisión.

Es admirable, porque a él puede aplicarse íntegramente el pensamiento de Balmes: "El entendimiento sometido a la verdad; la voluntad sometida a la moral; las pasiones sometidas al entendimiento y a la voluntad, y todo ilustrado, dirigido y elevado por la religión; he aquí el hombre completo, el hombre por excelencia. En él la razón da luz, la imaginación vivifica, la religión diviniza".

Estrada católico. Tanto nos hemos acostumbrado a ver tal calificativo unido a tal sujeto, que pocas veces nos detenemos a pensar en la sublimidad de la conjunción de ambas palabras. Estrada católico, no es solamente Estrada bautizado, confirmado, recibiendo el cuerpo de Cristo y escuchando Misa los días de precepto. Estrada católico, es Estrada padre ejemplar, maestro sin dobleces, hombre público de in-

tachable conducta. Es Estrada apóstol del ejemplo, de la oratoria, del periodismo, de la cátedra.

Estrada católico es el adherente sin reticencias a la doctrina total de la Iglesia. No sólo a sus dogmas y a sus preceptos, sino también a su pensar en los problemas humanos, a las orientaciones de sus Pontífices, a los derroteros señalados por los Obispos propios. De él puede decirse que verdaderamente vivió la vida de la Esposa de Cristo, pensó según ella, oró para ella, luchó por ella y sufrió con ella.

Su intenso catolicismo adquiere caracteres epopéyicos, en aquel momento que podríamos denominar su drama de maestro. Restablezcamos el cuadro. Promediaba el año 1883. El liberalismo enseñoreado en nuestra patria, durante la primera presidencia del General Roca. La Iglesia Católica hostilizada y zaherida. Al nefasto Congreso Pedagógico de 1882, seguirá el proyecto de enseñanza laica, la destitución del vicario capitular de Córdoba, el atropello al obispo Risso Patrón, el proyecto de matrimonio civil, la exoneración de profesores católicos, la expulsión del representante del Papa.

Todo indicaba un plan preconcebido y masónico. La desorientación era evidente. El catolicismo argentino requería un caudillo. Y como en todas las épocas de la historia, Dios envía a su Iglesia al hombre del momento, al hombre necesario. Ese caudillo fué Estrada.

Desde la cátedra de periodismo que era "La Unión", escribe con ese estilo tan suyo, fustiga con esa su frase que no conoce circunloquios, ataca con toda la claridad y la buena fe del que se sabe poseedor de la verdad. Y en momentos de indecisión, de cobardía y de respecto humano, habla evangélicamente, marcando rumbos y señalando caminos: "Ha llegado la hora de vender la túnica y comprar la espada". Es el primero en el combate. Se le teme porque se lo sabe fuerte, y él se siente fuerte porque vive permanentemente unido a su Dios.

Es entonces, cuando aquéllos que proclamaban a todos

los vientos la libertad de pensamiento, no pueden resistir el furioso embate del adalid de la causa católica. De aquél, que con más justeza que nadie pudo decir: “¡Yo soy una libertad!”. Y llega frío, conciso, sin alma, el decreto gubernativo que lo separa del rectorado del Colegio Nacional.

Pero nada podrá la fuerza ante el imperio de la idea. El hombre bien intencionado, se debate, se esfuerza, se afana, en la búsqueda de la verdad. Pero cuando la halla, cuando su luz redentora lo ilumina y lo conduce, entonces, como Estrada, se da de lleno, sin renunciamentos, a difundirla y a luchar por ella, sin que fuerza alguna pueda hacerlo volver atrás. Y ante la bifurcación del camino de la vida, no dudará un instante en la elección del suyo.

Por eso Estrada sigue luchando con idéntico entusiasmo, con similares ímpetus. Pero el mal tampoco cede. Y al año siguiente, otra vez frío, otra vez conciso, otra vez sin alma, el decreto presidencial que suscriben Roca y su ministro Wilde, lo exonera de su cátedra de Derecho Constitucional en la Facultad de Ciencias Jurídicas.

Pero la reacción juvenil no se hace esperar. Al corazón joven repugna siempre la injusticia. Y en una noche invernal de 1884, en su casa, rodeado de sus hijos, Estrada, el maestro insigne, recibe a sus alumnos, que vienen a testimoniarse gratitud y afecto. Inolvidable su discurso y cristianas sus palabras. Tensos los oídos y las pupilas, que lo escuchan y contemplan, reciben sus últimos conceptos: “Todo pasa menos Dios que salva a los pueblos y la justicia que los regenera. El amor de la verdad me llevó a vosotros. El amor de la verdad nos separa; El nos reunirá, donde los ciudadanos de un pueblo libre luchan y triunfan contra los traficantes y los ambiciosos. Entre tanto, señores, os deseo maestros que os amen como os he amado, y os sirvan con la misma sinceridad”.

Y Estrada, maestro por vocación y por temperamento, debe hacer el sacrificio costoso de abandonar su misión. El lo dice claramente: “Las turbulencias sociales me han exi-

gido escoger entre mis supremos deberes, y los halagos de vuestra adhesión. La elección en tal conflicto no es problema para un hombre de conciencia''. Para no transigir con el error anticristiano, abandona a sus muchachos. Sublime lección para siempre y para todos, cuando los azares de la vida pongan en pugna a Dios con nuestra conciencia.

Fué Estrada el gran defensor del matrimonio religioso y de la enseñanza cristiana. En la cátedra, en el parlamento, en el periodismo, en las asambleas, su figura cobra postura de gigante, su genio se incendia, su verbo se inflama, sus razonamientos convencen y su elocuencia transporta. Pero su esfuerzo se estrella contra la dura roca del ateísmo, la masonería, el liberalismo y la indiferencia coaligados, y leyes anticatólicas y antiargentinas caracterizan aquella época de crudo materialismo.

Las sonoridades de bronce de su palabra recorren el país, y en todas partes como en Buenos Aires, levanta la bandera de Cristo. Es el apóstol laico que va derramando palabras de vida eterna.

El primer Congreso de los católicos argentinos, desperdado de su letargo ante el empuje irresistible de aquel dirigente de excepción, se constituye en Buenos Aires, en el día de la Asunción de 1884. Pequeño era el número de las asambleístas, si lo comparamos al de las grandes concentraciones que vieron nuestros ojos inundar las calles porteñas en los últimos tiempos. Pero magnífica era la generosidad de aquellas almas que al dar la cara por primera vez en reunión fraterna, fueron el anticipo de las colosales reuniones del futuro. Al frente de aquel Congreso, presidiendo, orientando y dirigiendo, portavoz de la común obediencia al arzobispo Aneiros, exponente en frases brillantes del sentir general, Estrada afirma su indiscutida jefatura y también profeta, anuncia el renacer espiritual de nuestra tierra.

Pero la época requería más acción que palabra. Como ló-

gico corolario nace entonces la Unión Católica Argentina, y a su frente, luchador tesonero y alma noble, está Estrada, aureolado por otros nombres insignes: Tristán Achával Rodríguez, Emilio Lamarca, Pedro Goyena.

Ella pasa a ser desde ahí el desahogo de sus afanes, el arma para sus combates. Y desde ahí predica su ideal católico, en el constante recordar a todos los hombres de buena voluntad, la imitación al Divino Maestro y la unión al Pontífice Romano. Y desde ahí exalta su ideal de argentinidad, en el persistente laborar por la afirmación de las virtudes cristianas conque nuestra patria nació al concierto de los pueblos civilizados.

Como San Martín, como Las Heras, como Moreno, como Rivadavia, como Sarmiento, como tantos prohombres nuestros, también él cierra sus ojos lejos de la patria. Asunción del Paraguay supo de la gloria de presenciar su tránsito, sereno, majestuoso, cristiano como su vida. Con su fortaleza soberbia escucha la recomendación del alma, y con dulzura de santo se fué en busca del único premio que le había interesado en el transcurso de su vida sin descansos.

“Los días de júbilo que nosotros no veamos, los verán nuestros hijos; y ellos dirán, como nosotros en presencia del Señor, que hemos peleado buena batalla”. Así dijo Estrada, en una oportunidad, durante una de sus memorables piezas oratorias. Hoy, las generaciones presentes, podemos afirmar, con alegría en el alma y gratitud en el corazón, que efectivamente peleó la buena batalla. Por eso el Señor lo habrá recompensado en la eternidad prometida, y por eso la Patria lo inmortalizó en el bronce.

ALFREDO NOCETTI FASOLINO

